

EL AZAFRÁN EN LA MEMORIA: SEÑA DE IDENTIDAD Y PATRIMONIO CULTURAL

CUADERNOS. N.º 16

Págs. 99-112 / 2003

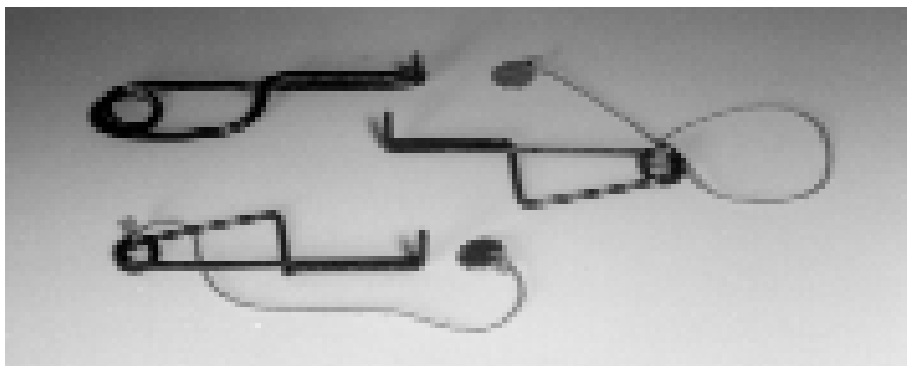
ISSN: 1136-8029

Cecilia Esteban Redondo

INTRODUCCIÓN

¿Qué relación puede tener la antropología con el cultivo del azafrán? Si pensamos en este producto como en una de las especias culinarias más caras del momento, estamos clasificando el azafrán desde el punto de vista económico y gastronómico. Pero si consideramos que es un producto con el que se han pagado deudas (a la iglesia y entre vecinos), se han celebrado bodas, se han establecido noviazgos y se han puesto en peligro noviazgos, se han comprado desde casas a tractores, se han establecido relaciones de reciprocidad y se han reforzado lazos de parentesco y amistad, y, en definitiva, ha sido llamado el “oro rojo” y calificado como el “remedio de los pobres”, nos acercaremos al mundo del cultivo del azafrán desde este punto de vista: la antropología social.

Un producto agrícola que, desde que fue introducido en España se cultivó en casi toda la Península Ibérica y casi no ha experimentado cambio alguno en la manera de trabajarse hasta nuestros días, nos plantea la posibilidad de acercarnos a una forma de vida que solemos catalogar como “tradicional” y que, allí en donde se ha mantenido, ha puesto en contacto y, en ocasiones en conflicto, a varias generaciones de personas de la misma comunidad. Los mayores han transmitido a sus descendientes un conocimiento que se ha visto en peligro debido a la cantidad de cambios experimentados a lo largo del siglo XX, por la sociedad en la que viven. Sociedad que es la nuestra. Pero ha sido la memoria histórica, compartida, la experiencia vivida en común, la que ha contribuido a que todo el mundo de imágenes, valores, normas, creencias, etc., que giran en torno al cultivo del azafrán lleguen hasta nosotros y nos lleven a plantearnos si este producto, o más bien, todo lo que le rodea, podemos considerarlo como parte de nuestro patrimonio cultural.



La Ley 16/1985, de 25 de junio, del Patrimonio Histórico Español, en el título VI (Del Patrimonio Etnográfico), artículo 46, expone que “forman parte del Patrimonio Histórico Español los bienes muebles e inmuebles y los conocimientos y actividades que son o han sido expresión relevante de la cultura tradicional del pueblo español en sus aspectos materiales, sociales o espirituales”.

Atendiendo a lo anteriormente expuesto, iremos viendo cómo el mundo que gira en torno al cultivo del azafrán puede empezar a ser considerado como parte de nuestro patrimonio cultural y, por tanto podemos ir teniendo en cuenta que hay toda una serie de aspectos sociales que hay que tener en cuenta para poder considerarlo como uno más de los elementos que definen nuestras señas de identidad, si no como producto exclusivo, si al menos, como ejemplo de mecanismo de socialización en un momento dado, de la sociedad en la que vivimos y por tanto de la *expresión* relevante de una parte de la cultura “tradicional” del pueblo español (utilizando los términos que aparecen en la Ley).

Me gustaría plantear la idea de considerar y pensar en el azafrán como en un *universo cultural y social* que va más allá del elemento culinario o económico, y que son por tanto factores de diversa índole los que hay que tener en cuenta a la hora de buscar la manera para que este tipo de cultivo no desaparezca de nuestras vidas, que se siga cultivando, produciendo y rindiendo beneficios económicos a una sociedad que lo disfruta desde hace cientos de años.

MEMORIA HISTÓRICA COMPARTIDA

Al hablar de memoria histórica hacemos referencia a ese pasado que todos tenemos y que recordamos. Pero si además le añadimos el término de *compartida* estamos haciendo alusión a una historia concreta: la que comparte un colectivo, un grupo de gente que se siente unido porque tiene una historia en común. De esta manera podemos pen-

sar en que un grupo humano que comparte un espacio ha experimentado unos mismos acontecimientos en un tiempo dado. Esto sería lo que consideraríamos como *memoria histórica compartida*. Ese compartir, tener en común aluden a una experiencia vital también compartida.

Es lo que se comparte lo que tiene importancia para la comunidad y a su vez, tiene la importancia que le da la comunidad. También se comparte la intensidad de esa importancia que se le adjudica. Esa importancia compartida por el grupo humano da significatividad a determinados acontecimientos y les hace permanecer en la memoria colectiva, de todo ese grupo.

En este sentido pensamos que el cultivo del azafrán es un elemento importante de la memoria histórica, no ya sólo de la Comarca del Jiloca en la provincia de Teruel, sino en todo Aragón y en toda España, si bien es cierto que en la memoria colectiva de la mayoría del país se ha perdido y que permanece en aquellos lugares en los que todavía hoy en día se cultiva. No olvidemos que es un elemento que introducen los musulmanes en la Península Ibérica allá por el siglo X y su cultivo se extiende por casi todas las tierras que conquistan.

¿Qué forma parte de esta memoria compartida?, ¿Cuáles son esos “ingredientes” compartidos y que están en la memoria común (y todavía muy reciente), de estas gentes y que hacen del cultivo del azafrán un mecanismo importante y relevante en sus vidas. (Nos centramos en la zona del Jiloca, y más concretamente en la localidad de Monreal del Campo por ser la zona donde se realizó el trabajo de campo antropológico y a partir del cual se obtienen las siguientes reflexiones).

Empecemos a considerar la fase que plantea más problema por ser aquella fase del ciclo del cultivo en la que se necesita contar con un mayor número de personas en un tiempo concreto: nos referimos a la campaña de la recogida de la rosa.

Por estas fechas, en el mes de octubre, una de las pocas plantas que florecen (por no decir la única) es la flor del azafrán. Esto ya le hace singular. Pero a esta singularidad hay que añadir el hecho de que la flor de esta planta es más caprichosa todavía: nace por la mañana temprano, antes de que salga el sol, y al caer la tarde, “se muere”. ¿Qué quiere decir esto? Pues que para poder obtener un buen resultado, hay que recogerla por la mañana y trabajar con ella, quitarle los estigmas que forman lo que es “el pelo” del azafrán antes de que se eche a perder. Todos estos son condicionantes marcados por la propia planta y que inciden directamente en la organización del trabajo de las personas que se dedican a su recogida.

Hay que ser rápido para coger todas aquellas flores que van saliendo día a día. Parece como si la tierra mandara el siguiente mensaje: “Os mando 30 kilos de azafrán por cada hectárea que tenéis, pero no será todo de una vez, será día a día y, día que no tra-

bajéis, azafrán que perderéis". Algo así parece querer comunicar la *madre tierra*. Junto a la rapidez y para que se puedan recoger todas las flores aparecidas en un día, hay que echar mano de una buena cuadrilla de personas para que se pueda realizar esta faena. De ahí que sea importante la mano de obra.

El primer elemento que permanece en la memoria de las gentes de esta localidad son, por tanto, las esbrinadoras. Lo primero que viene a la mente de las gentes de Monreal al hablar de estas fechas son los "bailes de esbrinadoras". ¿Quiénes eran? ¿Qué eran estos bailes y por qué permanecen en la memoria de una manera tan clara? Las esbrinadoras eran unas muchachas (chicas jóvenes y solteras) que venían de los pueblos de alrededor en los que no se plantaba azafrán. Aprendían en las casas en las que iban a trabajar por primera vez, de los amos que las contrataban y de otras chicas que ya lo habían hecho antes. Es posible que hubieran tenido algún contacto previo con la manera de trabajarlo si habían llevado a sus casas o a casas de sus abuelos la flor para esbrinarla en calidad de "onceros" (otra figura importante en cuanto al trabajo del azafrán). La primera vez que se recoge y se esbrina cunde poco, lo que quiere decir que la experiencia es importante para obtener un buen rendimiento del trabajo. (Tengamos en cuenta este aspecto: la experiencia da mayor rentabilidad).

Estas chicas venían contratadas; ¿cómo se hacían los contratos y entre quiénes? El mercado que había en Monreal era el lugar en el que se establecían los contratos. Mercado que hacía de la localidad el centro de la comarca. El espacio en el que se ubicaba era la plaza Mayor; un espacio significativo para el pueblo ya que en él se encuentran localizados el Ayuntamiento, la Iglesia parroquial y las "casas grandes" (de las familias ricas) de la zona. A él venían hombres de todos los pueblos de alrededor a vender o a comprar las cosas que necesitaban: utensilios de trabajo, cosas para la casa, comida, etc; allí se conocía ya la gente y allí era donde realizaban los "contratos" para tener esbrinadoras para la campaña del azafrán. El trato se hacía entre los dos hombres: el amo de la casa a la que iría a trabajar (contratante) y el padre de la muchacha (contratada). Una vez pactado con un apretón de manos, un chatico de vino, un "regüelto" o un "hasta más ver", las chicas se trasladaban para la campaña a la casa del contratante donde se les daba de comer y una cama.

Estamos hablando de movimientos temporales de población entre las localidades de la zona, de establecimiento de relaciones comerciales y sociales; de confianza, amistad, juventud, trabajo, etc. Pero sigamos adelante con las esbrinadoras. Los bailes, ¿si era temporada de trabajo, por qué una fiesta? "Ni para las Fiestas Patronales se veía tan llena de gente la calle Mayor, como para los zafranes", dicen los mayores con admiración y con cierta melancolía a la vez, como si recordasen tiempos de mayor esplendor para el pueblo.



Por la mañana, de madrugada a la pieza a recoger la rosa, después a esbrinarla hasta que se terminara para volver a empezar el día siguiente con la misma faena y así hasta que ya no saliera más rosa. ¡Tendrían que descansar! Para eso eran los bailes. Eran “un descanso merecido” y seguro que el momento del día más esperado por todos: la hora del baile. El baile de las esbrinadoras. Estos bailes se celebraban solamente para las chicas que venían de fuera de la localidad, para las “forasteras”, pero también acudían a ellos los chicos del pueblo. Los bailes eran como “centros sociales” en los que se conocían jóvenes de diferentes pueblos y en los que se establecían relaciones de amistad, más o menos duraderas. Cuando eran las fiestas de los pueblos de alrededor, iban a ver a las chicas que habían venido a esbrinar en los “zafranés”.

Llegado este punto podemos observar que, en torno al cultivo del azafrán se establecían relaciones de amistad, noviazgo, pero también se ponían en peligro algunas relaciones, mientras que los chicos acompañaban a las forasteras a estos lugares de reunión, las chicas de la localidad se quedaban en las casas realizando las “faenas propias de su sexo”, ayudando a las madres. Esto también nos indica que se transmiten pautas de conducta, roles familiares... valores y normas, en definitiva, que convierten al azafrán en un elemento importante como mecanismo de socialización dentro de la sociedad en la que se trabaja. El hombre va al campo a recoger la rosa, junto con la mujer, pero por la tarde, cuando se empieza a esbrinar, suelen hacerse corrillos de mujeres, mayoría-

riamente. El trabajo que realiza la mujer más directamente es precisamente en esta época, la recogida y el esbrine, en donde tiene mayor importancia porque es ella la que lo tuesta; su experiencia en esta fase de la recogida y su papel en la casa para la que se trabaja le adjudican esta labor al “ama” de la casa. De ella aprenden las hijas. Los hombres tienen otras labores a lo largo del año relacionadas con el cultivo. Ellos irán a “darle vuelta al ratón” para que no se coma las cebollas, le pasarán el rastrillo, quitarán las malas hierbas, removerán la tierra, etc. Aunque también contarán con las mujeres otra vez cuando vayan a sacar la cebolla para limpiarla y prepararla seleccionando los nuevos bulbos para la siguiente plantación.

Con el azafrán muchas bodas se han hecho hasta hace poco. Se arreglaron casas y se compraron herramientas de trabajo para el campo. Se han pagado deudas y, hasta hace poco tiempo, se recogían limosnas para la Iglesia en azafrán: se pagaban las deudas que se tenían con esta institución referentes a bautizos, entierros, misas de almas..., y a su vez, la iglesia pagaba también para que le tostasen el azafrán, en el caso de que lo hubiera adquirido en verde como queda de manifiesto en los libros de cuentas de la Iglesia. También recogía la iglesia limosnas de centeno¹, aunque ya en 1890 deja de mencionarse este producto como limosna anual. Lo que nos puede llevar a pensar que le salía más rentable cobrar sus deudas con el azafrán. Pero esta costumbre dejó de realizarse en el momento en que los feligreses empezaron a tener dinero en metálico y, de esta forma, fueron haciendo efectivos dichos pagos.

Todo esto permanece en la memoria de los mayores, de los abuelos y forma parte del universo cultural del azafrán. Es una experiencia cotidiana vivida, compartida. Pero también está en la memoria de aquellas otras personas que, sin ser tan mayores, han trabajado el azafrán a lo largo de su vida, “hasta que los abuelos se han jubilado”. Varias generaciones han tenido contacto con el azafrán pero de distinta manera.

A lo largo del siglo XX se producen una serie de cambio socioeconómicos que, sin lugar a dudas también tienen su repercusión en aquellos lugares en los que se trabaja el azafrán. La forma de vida cambia en el momento en que se cambia la forma de trabajar. Ya no se vive del trabajo de la tierra, ahora se trabaja en fábricas, en bares, comercios de alimentación, de ropa, de calzado; se trabaja de administrativo en un empresa privada o como funcionario, se trabaja de informático, con el camión de transportista, de ta-

1. “En este año de mil ochocientos cincuenta y cinco no fue posible hacer la limosna de centeno según la costumbre anual, por estar la población inbadida del Cólera morbo asiático y las continuadas lluvias durante la temporada de la recolección. Y para que conste lo certificamos y firmamos los dos existentes presentes individuos del Capítulo de esta Iglesia, Monreal del Campo a treinta y uno de Diciembre del prenombrado año.” (Datos obtenidos del Libro de Misas de Almas de la Iglesia de Monreal del Campo).

xista, o de conductor de autobuses; los jóvenes salen a estudiar fuera y fuera es donde encuentran nuevos trabajos. Su forma de vida cambia y con ello cambia también su manera de percibir la realidad. Los horizontes vitales se amplían y eso tiene repercusiones en su relación con las generaciones mayores que quedan en el pueblo. La sociedad del ámbito rural se "urbaniza". La población ya no vive del campo aunque vive en él; es una sociedad como lo puede ser la de cualquier ciudad de España. De menores dimensiones, eso sí, con un entorno diferente, también, pero sus gentes se ocupan en otras actividades económicas que les van alejando poco a poco de su relación con la tierra.

Si bien es cierto que hace unos años, mientras conviven en la misma casa miembros de una familia en la que el padre planta azafrán, vive de la agricultura, y los hijos no, se generan una serie de tensiones por causa del azafrán, ya que el padre cuenta con la mano de obra familiar al no dar el cultivo dinero suficiente para pagar mano de obra de fuera. También es cierto que cuando dichas tensiones se producen es porque lo que está teniendo lugar es un choque entre formas de vida diferentes, maneras diferentes de percibir y entender la realidad, consecuencia directa de los cambios que antes hemos mencionado. Cuando el padre o abuelo se jubila y deja de plantar el azafrán, las tensiones y enfrentamientos desaparecen.

Que el azafrán se pierde, es algo que vienen diciendo la gente que lo trabaja desde hace más de diez años. "Los jóvenes no quieren trabajarlo y los mayores ya no podemos con él". Pero permanece en la memoria y se comparte por todos los miembros de la lo-



calidad. Aunque de un tiempo a esta parte y, conforme se han ido jubilando aquellos abuelos que mantenían el azafrán como recuerdo, que tenían el “corralico” y sólo recogía el matrimonio aquellas rosas que podían, ha ido apareciendo en la localidad una generación que no ha ido a las piezas ni a coger rosa ni a jugar entre las flores; que no ha visto a los padres ni a los abuelos esbrinar, y que tampoco ha esbrinado; que no ha dejado de ir a la escuela para ir a coger la rosa del azafrán, ni para esbrinarlo después en la casa de los abuelos, en la reunión que se formaba con la familia, con los tíos, amigos o vecinos que venían a echar una mano. Faena que luego se devolvía y que, mediante la que se establecían y reforzaban lazos de amistad, vecindad y reciprocidad.

Ante esta nueva situación, el Ayuntamiento de Monreal del Campo tiene una buena baza si la juega bien: el Museo del Azafrán.

SEÑA DE IDENTIDAD

Si consideramos la *identidad* como un *hecho social* producto de una sociedad situada en su historia (es esto entonces, lo que le confiere su naturaleza cultural)², al hablar del azafrán como estrategia de socialización en la comunidad en la que se desarrolla, podemos tener en cuenta a este producto en relación con una experiencia cotidiana vivida en ambientes próximos al individuo. Ello hace que se le conceda gran importancia entre aquellas personas pertenecientes a la comunidad (ESPACIO) que han mantenido con él una relación directa en el pasado ó incluso en el presente y que se pueda considerar al Azafrán como un elemento “significativo”; será esta cualidad la que le hará permanecer (TIEMPO) en la memoria de las gentes de Monreal formando parte de su “memoria colectiva” (HISTORIA COMPARTIDA).

Elemento significativo porque ha sido compartido³; y con el que se comparten valores, ideas, sensaciones, y ese acto (“compartir”) hace que se le vea como algo objetivo. El pertenecer a una comunidad, compartir el hecho de “ser” de la comunidad hace que se de la misma consideración a ciertos elementos ó experiencias. Es lo que se comparte lo que tiene la importancia que le da la comunidad y se comparte también la intensidad de esa importancia que se le adjudica. Se comparte, por un lado, el “ser” de una comunidad y por otro el considerar ciertas cosas como importantes. Esto les da significatividad y le hace permanecer en la memoria colectiva.

A través de la recuperación del mundo que gira en torno al cultivo del azafrán, los habitantes de Monreal del Campo materializan aquellas ideas que retienen en la me-

2. Mairal Bul, G., *La Identidad de los Aragoneses*, Egido Editorial, Huesca, 1996, p. 12.

3. Sanmartín, R. *Identidad y creación. Horizontes culturales e interpretación antropológica*, Barcelona, Ed. Humanidades, 1993, p. 17.

moria, su imaginación, su memoria colectiva, en el Museo. Museo creado ya hace 20 años y que, aunque desaparecido ya (porque sólo hay dos agricultores que lo trabajan) el trabajo del cultivo del azafrán, mantiene presente de alguna manera, una parte de su cultura.

La variable tiempo considerada en el paso de una a otra generación constata el reflejo de la identidad colectiva, su influencia en las generaciones más jóvenes y la transformación en la historia de cada generación, esto es, los recuerdos⁴. El paso de una generación a otra hace que se reproduzca el pasado en el presente. El azafrán pervive en el presente en la memoria de los mayores (es un elemento compartido) pero de manera diferente a como lo viven los jóvenes y los niños. A éstos sólo les quedan los concursos de esbrine y el Museo y la vivencia de un trabajo que si por un lado lo tienen cercano en el tiempo, lo han vivido con cierto distanciamiento lo que les lleva a considerarlo de diferente manera a como lo consideran sus mayores. La significatividad del espacio en relación con el cultivo del azafrán es diferente para cada una de las generaciones que componen esta comunidad. Para los mayores hablar de azafrán es algo positivo porque es hablar de mucha gente en el pueblo, de ambiente de fiesta, de bailes, de muchachas jóvenes, solteras, de celos, de noviazgos, de trabajo y diversión, de sueños, de ilusiones, deudas canceladas, bodas, dinero, etc. Para los más jóvenes es hablar de algo con sentido negativo porque es hablar de mucho trabajo, de falta de tiempo, de poco dinero, de falta de rentabilidad, ... para los niños es algo positivo también pero esta vez porque el azafrán es hablar de juego, de concursos, de visitas al museo, de abuelos, de pasado, de "tradición". Son formas de vida diferentes, maneras distintas de percibir y entender la realidad cotidiana que viven. Diferentes maneras de considerar un elemento común. Esta "diversidad" resalta la igualdad de la identidad al girar en torno a un mismo elemento que se comparte en la memoria de generaciones diferentes pertenecientes a una misma comunidad: el azafrán.

El edificio en el que se ubica el Museo es la reconstrucción y recuperación arquitectónica de una casa antigua de una familia importante de la localidad (los Mateo). En el sitio en el que antiguamente se celebraba el mercado semanal y en cuyo espacio se llevaban a cabo los contratos relacionados con las esbrinadoras a que antes aludimos. Se utilizan elementos significativos del pasado para significar el presente (perdura el pasado con el paso del tiempo: "tradición"). El espacio significativo del pasado se conecta con el presente y se hace también significativo. Pero no es un espacio exclusivo para dicho fin sino que su significatividad aumenta si tenemos en cuenta que la parte dedicada

4. Fernández de Rota, J.A., "Identidad y recreación histórica en Galicia", *Revista de Antropología Social* nº 0, Editorial Complutense, Madrid, 1991.



al azafrán queda relegada a lo que sería el granero de las casas antiguas, a la parte alta de la vivienda, siendo el resto del edificio destinado a otras funciones (biblioteca, cursos, conferencias, etc.) ya que todo el edificio en su conjunto está calificado como “Casa de la Cultura”.

Cuando se crea el museo y se realiza la recogida de objetos para la elaboración del discurso museográfico se cuenta con las gentes de la localidad. Subyace una idea de intentar recuperar algo que parece que se pierde antes de que la pérdida sea total y no haya nada que “recuperar”. Ese intento de querer conservar una parte de la cultura material que, no sólo es parte de la cultura y de la historia de Monreal, ni de Aragón ni de Castilla-La Mancha, por ser las zonas en las que se produce azafrán, sino que pienso que podríamos decir que es parte de la cultura y de la historia de todos los españoles, muestra una vez más el claro deseo de resaltar una singularidad y de reflejar un “ser”, unas características de una forma de ser, que si bien unen por un lado, es decir, identifican a una colectividad, también resaltan diferencias. Por ello, podríamos hablar de seña de identidad en referencia al cultivo del azafrán.

PATRIMONIO CULTURAL

En la Ley del Patrimonio Histórico Español de 1.985 se recoge la idea de que forman parte del patrimonio español aquellos objetos que son la manifestación de actividades laborales propias de un grupo humano, arraigadas y transmitidas consuetudinariamente. En ese aspecto, cuando hablamos del azafrán tenemos que pensar, no sólo en una actividad laboral sino también en una forma de vida. Si a ello se añade el hecho de que ese mismo pueblo se preocupa porque no se pierdan ni los aspectos materiales del cultivo sino la forma de vida que los rodea y que va con ellos, tenemos el **deseo** de una comunidad por reflejar y hacer más duradera la idea de identidad que ese pueblo tiene de sí mismo y para ponerla en conocimiento de sus descendientes y de todas las personas que quieran conocer una parte de su historia, de su vida.

En la misma Ley del Patrimonio, en el título VI, art. 46 se habla, en concreto del “Patrimonio Etnográfico” en donde ubicamos al M.M.A. (Museo Monográfico del Azafrán) porque alberga toda una serie de objetos (bienes muebles), “que constituyen la manifestación ó el producto de actividades laborales (...) propias de un grupo humano, arraigadas y transmitidas consuetudinariamente.”

Son los conocimientos de una actividad que es y ha sido “expresión relevante de la cultura tradicional del pueblo español en sus aspectos, materiales, sociales y espirituales”.



En el M.M.A. se exponen elementos que pertenecen a la forma más antigua que recuerdan los mayores de trabajar “el azafrán”: el legón: el hombre cavando los surcos y la mujer detrás plantando o sacando “cebolla”. “*Cuando yo era moza ya se empezaron a utilizar los machos*”, comenta una señora de setenta y cinco años.

Queda reflejada una forma de vida “tradicional” al estar relacionado con un cultivo que puede llegar a “desaparecer” en su zona de ubicación. En este caso, el término TRADICIONAL adquiere los significados siguientes: “de toda la vida”, “de siempre”, “distinto de lo de ahora”, “que tiene un final cercano”, ... Es un cultivo que apenas ha sufrido cambios técnicos debido precisamente, a la imposibilidad de introducir la mecanización en algunas de sus “faenas”. Se utiliza el término “tradicional” para hacer referencia a un cultivo que apenas ha sufrido cambios, comparados éstos con los experimentados por la sociedad en general, desde la época de la industrialización. “TRADICIÓN” como sinónimo de “SOCIEDAD PREINDUSTRIAL” y por todo lo anterior, parte de nuestro patrimonio cultural, del patrimonio histórico de todos los españoles y por ello habrá que preocuparse por recuperarlo, conservarlo y difundir su conocimiento de la mejor manera posible a todos los miembros de la sociedad y de la cultura a la que pertenece.

CONCLUSIONES

Pero se plantea un debate en torno al cultivo del azafrán: ¿por qué se pierde si es una de los productos más demandados a nivel comercial en los mercados de todo el mundo?

Desde el punto de vista económico se habla con cifras de la siguiente manera: plantando una hectárea de azafrán se consiguen 30 kilos de azafrán en seco (es decir, ya tostado y preparado para su comercialización). Si se paga la libra (alrededor del medio kilo) a 95.000 pesetas, se puede llegar a obtener unas 5.700.000 pesetas por hectárea en tan sólo 20 días de trabajo. Entonces, uno se plantea, ¿por qué los agricultores no lo quieren trabajar, y sus hijos tampoco?

Vayamos por partes. La mayoría de los agricultores o se han jubilado o les queda poco tiempo para hacerlo. Los hijos de los mismos tienen trabajos que no les permiten dedicar el tiempo que requiere el cultivo, sobre todo en la época de la recogida, para poder hacer frente a la campaña de la rosa. Por otro lado, son solamente 20 días los que se recoge la rosa del azafrán, pero son días de dedicación exclusiva a este cultivo, desde el punto de la mañana hasta la noche. Se pueden echar perfectamente unas quince horas de trabajo al día (de 7 de la mañana a 12 para recoger la rosa y de una de la tarde a 11 ó 12 de la noche para esbrinarla).

La superficie media que se viene trabajando suele ser de media hectárea (ya no



ra “limpiar” la pieza todos los días, es decir, para recoger toda la rosa que sale en el terreno cada día.

Al principio hicimos mención a la experiencia. Esto es algo muy importante porque, si uno se plantea que no puede pagar quince horas al día durante 20 días a un número de trabajadores, cualquiera que éste sea, para recoger el azafrán, porque entre contratos, seguros y demás se le iría una cantidad mayor de la que realmente obtendría por lo recogido, entonces se plantea la cuestión de poder pagar a los trabajadores por lo que recojan. Veamos que pasaría de esta manera. La persona que escribe estuvo recogiendo azafrán en calidad de “mediera” una campaña. Mediante contrato verbal con el amo de la pieza llegó al acuerdo de que, después de recogido, esbrinado y tostado el producto, la mitad sería para mí y la otra mitad para el amo de la pieza. Así se hizo. Era la primera vez que tenía contacto con el azafrán como elemento agrícola, no así culinario, y a pesar de mi inexperiencia la gente con la que estuve trabajando dijo de mí que yo era muy *pita* (muy espabilada con respecto a la tarea que realizaba, que se me daba bien y me cundía) y muy “limpia” (no mezclaba ni lengüetas amarillas ni rabos blancos que restan calidad al producto resultante). Como esto ocurrió hace unos cuantos años, manejaremos las cifras actuales, arriba indicadas. En el caso de que se hubiera pagado la libra de azafrán a las 95.000 pesetas indicadas (que fue bastante menos) y, teniendo en cuenta que recogí medio kilo, es decir, alrededor de la libra en seco; si como he mencionado, la mitad fue a parar a las arcas del amo, yo gané trabajando 20 días, a 15 ho-

ras el día, un jornal inferior a las 50.000 pesetas (en cifras actuales). Mi pregunta es la siguiente, ¿quién lo hará en esas condiciones para la campaña del año que viene?

¿No será precisamente éste el problema del azafrán? ¿No será que estamos hablando de un elemento que ha quedado como vestigio de una sociedad ya desaparecida, dentro de una sociedad completamente diferente?

Mi opinión al respecto es que, son muchos los aspectos que hay que tener en cuenta al intentar buscar una solución, si así se quiere llamar, a la situación que gira en torno al cultivo del azafrán en nuestros días. Si bien es cierto que puede ser un producto económicamente rentable por su gran demanda internacional a nivel culinario, sobre todo, no lo es menos que habrá que tener en cuenta cuáles son las características que lo rodean en el universo cultural en el que nos movemos.